

El LABORDETA de entonces, de después, de siempre

Pilar NAVARRETE
Directora de la Biblioteca de Aragón



Labordeta en el papel del vagabundo Dupont,
para la serie de televisión *Del Miño al Bidasoa*,
adaptación de la obra de Cela que se emitió
en el año 1990. También es la foto de
cubierta del libro *Banderas rotas*.

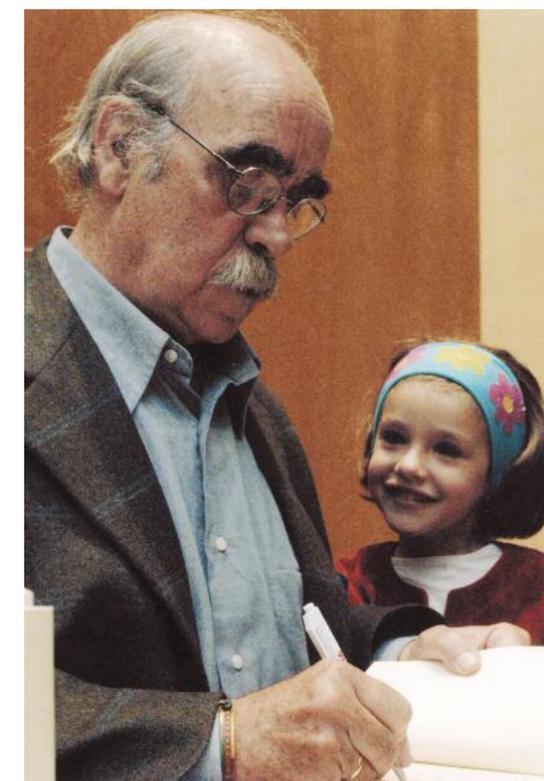


Realmente había un magnetismo en el ambiente del Colegio San Pablo de Teruel, que no se debía estrictamente a Labordeta, ni a Sanchís, ni a Eloy... ni a ninguna de las personas en concreto que por allí deambulábamos, sino a una especie de suma de diferentes tensiones que vibraban en la misma cuerda. Algunos, los profesores, con lecturas ya cuajadas e ideas propias coincidentes en lo fundamental. Entre los alumnos o asiduos, tal era mi condición, nos mezclábamos chicos y chicas casi todos buenos estudiantes pero descolgados de atmósferas familiares que iban desde la rural apolítica, hasta la tradicionalista de curas o padre falangista. Creo que, si bien la generación de los profesores estaba ya poseída por una repugnancia elaborada hacia el régimen franquista y una tendencia exigente de democracia, a los jóvenes nos impactaba y seducía sobre todo el atractivo de lo cultural. Cierto que la cultura se enmarca en dictadura o democracia con muy diferentes resultados, pero nuestro instinto buscaba más que el trasfondo político de las cosas, el carburante vital para el aterrizaje en un campo nuevo. Allí se nos despertaba o estimulaba fuertemente la curiosidad cultural, humana, universal. Estábamos en la antesala del 68.

Entre las paredes de aquel luminoso colegio se palpaban, respecto a lo que constituía la materia existencial en la calle o en nuestras casas, otros ingredientes y, desde luego, otras maneras. La cercanía que ofrecían los profesores, no sólo por el tuteo, favorecía una comunicación que lo impregnaba todo de una calidez y un anhelo de saber, tangibles. Había alegría, naturalidad, complicidad. Lo contrario de lo que caracterizaba los colegios de entonces y las relaciones de entonces, siempre envaradas o cautas.

En aquel pequeño mundo en el que se gestaba un modelo nuevo de convivencia y aprendizaje, Labordeta ya empezaba a representar ese papel un tanto inclasificable de personaje con foco, destacado. Todavía no sabíamos nada de sus andanzas zaragozanas, de su hermano Miguel, de la Opi-Niké, etc. Era sencillamente un tío de Zaragoza que había estado en Francia y que sabía de libros, de cantautores extranjeros, de teatro... Bastante cachondo pero con un cachondeo no vibrante, sino apasado en el fondo de un aspecto y una mirada un tanto impenetrables. Imponía a veces, a mí por lo menos. Lo veía a una altura y en un espacio que no se parecía al mío, colmado de restricciones, de mandamientos y limitaciones. Y entre los alumnos destacados estaban Federico, Carbonell y César que, a la vez y por separado, fueron los amigos que me salvaron la vida, que me impidieron convertirme a los diecisiete años en una candidata al matrimonio con un joven decente y a la vida aburrida de una señora de orden. Me he preguntado a veces, al descubrir las desgracias que conlleva pensar y leer, si no hubiera

tenido una posibilidad de felicidad mayor de no caer en esa tropa, que me convirtió inevitablemente en una insatisfecha radical. Pero eso es otra historia.



En la página anterior, foto para la portada del disco 30 canciones en la mochila, Fonomusic, 2001

Izquierda: Labordeta junto a su nieta Marta

El caso es que, cuando yo me incorporé al grupo, ya habían formado una compañía de teatro, se hacían revistas habladas, lecturas dramatizadas y un montón de cosas. También comentar música extranjera y escuchar canciones de los propios paulinos. Carbonell y César hacían dúo y Labordeta se estaba inventando las primeras canciones. No sé por qué cuando le oí la primera vez *Los Leñeros* o *El Pequeño Burgués* no me produjo una gran sorpresa, ni siquiera el hecho de que las compusiera él mismo. Yo había hecho el bachiller en las tesianas y éstas, que se destacaban por un gusto estético que me inculcaron de por vida, ya componían canciones y letras, con lo cual no era para mí una novedad sentir cerca los alientos creativos de alguien. No puedo decir que me dejara sobrecogida, como dicen otros, que intuiera ni de lejos que aquellas canciones iniciaban una carrera con motor de gran cilindrada. El caso es que todo aquello, las canciones, el teatro, los comentarios sobre libros y autores, fluía como por una fuerza natural y creciente. Nos sentíamos bien y, a este sentirse bien, contribuía una ambigua pero pertinente conciencia de querer hacer cosas, un remoto pero profundo sentido de algo que tenía que ver con la responsabilidad. Responsabilidad de no ser vulgares, de no seguir la corriente. Ese clima lo habían creado ellos, los profesores, Labordeta a la cabeza, Sanchís algo más retraído, Eloy bastante más serio... No recuerdo conversaciones sesudas, análisis críticos, temas abrumadores. Sí recuerdo emociones

intensas, constantes descubrimientos, dimensiones nuevas. Si algo quiere decir la palabra educar, debe ser eso.

Debió ser en el 69 cuando un día de verano Federico me presentó a Antonio Maenza, otro hallazgo. Aquellos dos años de frecuentar, y mucho, a estos amigos, fueron una sucesión de apariciones que me enseñaron la cara de la vida. Yo era lectora desde muy pequeña y escuchaba música también, pero sin orden ni concierto. Los años del San Pablo empezaron a orientarme sobre dónde y por qué debían situarse las preguntas y las respuestas, que es en definitiva lo que a una persona le define sus parámetros culturales y vitales. La cara de la vida es, en este sentido, la que ves un día sin proponértelo de forma inusitadamente diáfana y ya no dejas de verla.

Fue más tarde en Zaragoza donde se reanudó una nueva relación con Labordeta, siempre a través de Joaquín, por sus afinidades musicales. Sin embargo, todavía estaba por definirse aquello que se llamó canción popular aragonesa, si bien siguiendo al pionero, Labordeta, otros ya empezábamos a hacer letras y canciones y a tener ese estilo de vivir, un tanto inestable, de querer romper las cosas sin saber muy bien qué podíamos construir.

Labordeta había empezado a destilar un género poético que, aunque no era raro, por primera vez mentaba directamente a Aragón, sus pueblos, sus gentes, sus pobrezas, sus soledades. Era una veta que, para los que ya amábamos la poesía, nos abría caminos para componerla y volcarla en los oídos expectantes de los habitantes de esta tierra, tanto de la ciudad como de las extremidades recónditas del Aragón profundo. Empezamos a patear pueblos, como si se tratara de una cruzada en la que poníamos todo el fervor, con aquellas canciones que intentaban transmitir una disconformidad sobre el estado de las cosas, sobre el abandono sufrido, sobre la despoblación y los eriales. Había en nuestra actitud una cierta forma de emulación de los que en Cataluña ya eran reconocidos como la Nova Cançó y formaban una pequeña estructura industrial que favorecía la dignificación de su trabajo. Así que, como aquí todo es siempre más difícil que en otra parte, nos fuimos Joaquín y yo a Barcelona en el 74. Como simples emigrantes trabajando en lo que pudimos, Barcelona nos parecía y era una metrópolis en la que todo era posible y fácil. No habían llegado los tiempos en que el *pujolismo* condenara a la inexistencia a quienes no van con barretina. Con los cantautores catalanes establecimos lazos de simpatía y fraternidad. Labordeta también cantaba mucho en Cataluña. Allí, un día que venía a cantar al Centro Aragonés y nos vino a recoger con Juana a mi piso oscuro del barrio gótico, les dije —a ellos antes que a nadie— que esperaba un hijo.

Desde entonces hasta el 80 más o menos, la asiduidad de mi trato con Labordeta se basó en los recitales. Unos íbamos con furgoneta —y niño—, él ya viajaba en un Renault. Coincidir con Labordeta en los recitales era como estar participando de algo más alto, más sólido, más de verdad. Él era y siempre ha sido el puto amo, como dicen en las pelis, el patriarca, el importante, el

figura: seguía teniendo foco. Hasta el final. En el ochenta y tantos yo le conté que había escrito un libro sobre mis recuerdos de esta época de fulgor y penalidades a un tiempo, y Labordeta me llevó a ofrecérselo a Joaquín Casanova que, por cierto, no se interesó.

En los últimos años, cuando por esa necesidad que existe en los tiempos actuales de tener líderes y recuperar, si no mitologías, la pasión que crea los mitos, y volvieron a los escenarios casi siempre juntos Labordeta, Joaquín y Eduardo, habían pasado por encima de cada uno diferentes avalanchas y acontecimientos. Labordeta había sido político, Eduardo tenor, Joaquín cantante sostenible... Pero en el escenario era imposible que no se dejaran traspasar por una corriente ígnea y potente de empatía, de deseos de mejorar las cosas y de abrazo interior con la gente. Y el público recibía entregado un raudal de emociones que le recordaban lo mejor de sí mismos. Lo que se percibía en estos recitales no era exactamente una nostalgia, pues no se pueden añorar tiempos peores. Era, en todo caso, una nostalgia de nosotros mismos, es decir, una pena por no tener ahora y aquí esa fuerza colectiva, esa claridad en la identificación de los culpables, y esa energía para querer derrotarlos. Como teníamos ayer. Ayer nos revolvíamos contra la dictadura, hoy anhelamos las ganas de agitarnos.

La última vez que lo vi, quince días antes de su muerte, cuando ya no parecía él, me dijo con su ironía de media sonrisa «perdona que no me levante». Seguramente la muerte de Labordeta acaba, de algún modo, una época. Sus amigos se sienten huérfanos, sus discípulos mayores, su público desorientado como si no supiera adónde mirar.

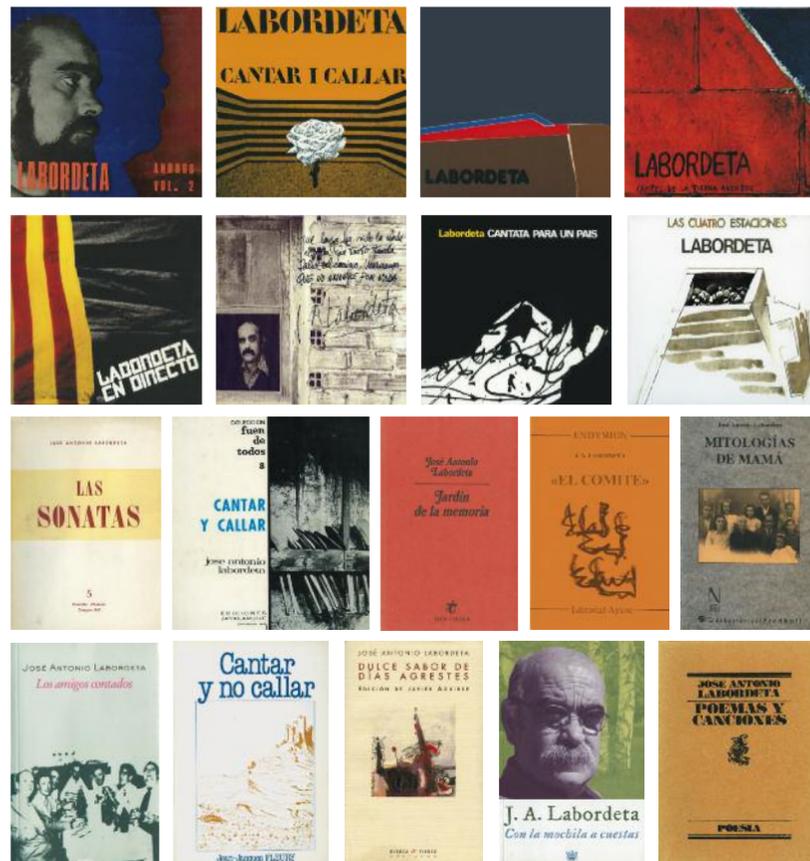


© José A. Melendo

Yo quiero mirar ese Teruel donde tuvo lugar el pequeño milagro que me transfiguró. Quiero no sentir nostalgia por él, ni por Labordeta, ni por lo que a lo largo de los años se nos ha ido cayendo de la mochila, ni por la voz que ya no oíré, porque no pienso oírle en disco como no pienso leer en e-book. Quiero seguir convencida de que cualquier tiempo pasado fue peor, que la vida es amena y generosa, y que ofrece cosas imprevisiblemente hermosas, y a mí me ofreció, impagable regalo, el conocer y tratar a Labordeta. Todo pasa, pero todo QUEDA. Siempre te recuerdo, viejo.

Teatro Principal de Zaragoza. José Antonio Labordeta recibe el libro *José Antonio Labordeta. Creación, compromiso, memoria*, editado por el Rolde de Estudios Aragoneses, en presencia de amigos y autoridades (noviembre 2008)

Selección de portadas de discos y libros de Labordeta



© José A. Melendo

Grupo de músicos y autores entonando *El Canto a la Libertad* en el Teatro Principal